

PRESENTACIÓN

Desde que hace medio siglo el Prof. H. Schlunk proclamara su admiración por el hecho de que el arte bizantino dejara ver sus reflejos en la Península Ibérica sólo en el arte asturiano, justo en el punto más lejano de donde estuvo su presencia política atestiguada por las fuentes, la investigación ha estado esperando que tal apariencia admirable se fuera matizando y precisando ya que no era fácil admitir que fuera real y digna de crédito y aceptación científica.

Desde entonces han ocurrido muchas cosas, que han ido abriendo celajes de una luz que se intuía en lontananza. Primero fue el descubrimiento de la realidad de la Antigüedad Tardía en la arqueología peninsular. Luego la lectura de la lápida de Comenciolo nos hizo recordar que había arte bizantino documentado en la ciudad de Cartagena. Más tarde nosotros mismos proclamamos que el limes bizantino podía ser precisado en los castillos documentados en el Puerto de la Cadena, en Alhama, en Puerto Lumbreras y en otros lugares a ir precisando, pero con rasgos que eran suficientemente claros y decisivos como para ir descubriendo la entidad histórica de aquel período histórico que todavía no se había manifestado en el brillo de su realidad material.

Ha sido necesario esperar a que la fortuna nos fuera propicia y que el don del cielo que están siendo las excavaciones arqueológicas en la ciudad de Cartagena nos permitiera constatar la realidad de un barrio bizantino perfectamente documentado en una ocupación tardía del marco del teatro romano. Y, no menos importante, que se diera la mano artista que recogiendo todos aquellos materiales los ordenara y los hiciera expresar su significado. Y así ha sido la conjunción del Dr. Sebastián Ramallo, director de las excavaciones del teatro romano, y su alumno Jaime Vizcaíno, elaborador de una excelente tesis doctoral, los factores que han permitido llegar a poner en órbita el libro que tienes entre manos, querido lector.

Ya nos hubiera gustado poder ofrecer aquí plantas y alzados de los palacios que seguramente todavía estaban en pie en la Cartagena que presenció el poder de las tropas de Bizancio. Estamos convencidos de que los hubo. A pesar de las destrucciones de los bárbaros en los siglos III y V, la puerta de que nos habla la mencionada inscripción de Comenciolo queda lo suficientemente lejos del barrio descubierto en el teatro romano como para postular razonablemente otros núcleos de la ciudad que algún día habrán de aparecer si seguimos buscando los restos de nuestra historia pasada. Pero como mensajero de nuestras expectativas y como espléndida aurora de

eventuales futuros hallazgos, el estudio que aquí se nos ofrece de la vida cotidiana de la época bizantina es de un interés indiscutible.

Pudimos comprobarlo hace muy poco en la brillante exposición sobre el tema que fue exhibida en el Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, con la publicación del catálogo, muy bien documentado para el evento. Los que tuvieron la fortuna de contemplarla entonces y quedaron con interés acentuado de adentrarse en los detalles tanto del hallazgo de aquellas piezas como del uso de las mismas, tienen ahora la oportunidad de asomarse a un estudio pormenorizado de la historia y de las aventuras de su descubrimiento. Los que no fueron tan afortunados de ser espectadores de aquel panorama histórico, pueden documentarse ahora de manera mucho más plena y meticulosa.

Una cosa podemos afirmar: el presente estudio constituye una notable aportación a la investigación sobre la etapa protobizantina en el marco hispano. Hasta ahora y apoyados en las noticias muy escuetas de las fuentes literarias podíamos vislumbrar los contornos de esa historia; ahora y tras la lectura de este libro, son los hombres mismos protagonistas de la historia de aquel lejano siglo VI, los que nos hablan de su vida, de sus modos de ser y de actuar y nos aceptan las preguntas que queramos hacerles. Sus respuestas quizá no nos lleguen nítidas de manera inmediata, pero es claro que el diálogo entablado será sumamente fecundo.

La calidad del estudio viene avalada por el premio que recibió en su día de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos. No sólo fue un espaldarazo para el autor en su tarea investigadora, sino que ha servido para animar y alentar el esfuerzo para su publicación. Queremos que conste y que sin la colaboración económica de esta querida Fundación la edición de este libro hubiera resultado mucho más difícil y problemática. A la vez que lo hacemos constar, en nombre de la ciencia queremos remarcar nuestra gratitud más profunda y nuestro homenaje más entrañable.

Antonino González Blanco